

entonces se compusieron en América, y son otros tantos atentados contra la poesía y contra la música, no los hubo peores que los suyos, porque era imposible tener peor oído ni desconocer en tanto grado la noción del acento. Véase una muestra de estos desapacibles graznidos:

«Aplaudid, aplaudid á los héroes  
Que á la patria el cielo otorgó.  
Por su esfuerzo se elevó gloriosa  
Á la dicha que nunca esperó.  
Coronada de olivas se ostenta,  
Llena de gloria y de bendición.  
Venid, pueblos, volad á su seno:  
Cayó el muro de separación.  
Al Sud fuerte le extiende los brazos  
La patria ilustré de Washington:  
El Nuevo Mundo todo se reúne  
En eterna confederación.  
.....  
Volverán de la paz las dulzuras;  
Cesará de Belona el furor;  
Se oirán de la sabiduría  
Los consejos y la amable voz.  
Dictará las sacrosantas leyes  
De la más justa Constitución.  
Tales son de la patria los votos  
Y deseos de su corazón.....»

Quando no hacía himnos, hacía proclamas rimadas, en las cuales alguna vez tiene arranques menos infelices:

«En triste obscuridad, pobres colonos,  
Por tres centurias os miró la tierra,  
Indignada del bajo sufrimiento  
Que toleraba oprobios y miserias....  
¿Sois hombres? Pues sed libres; que los cielos  
Al hombre hicieron libre. Sus eternas  
É imprescriptibles leyes lo prescriben,  
¡Y la razón lo dicta y manifiesta!....»

Si da derecho la conquista, somos  
Sólo nosotros dueños de estas tierras,  
Pues todos somos, sin haber disputa,  
De los conquistadores desceadencia.....  
¿Hasta cuándo en papeles miserables  
Se buscan los derechos? La suprema  
Mano los escribió en los corazones:  
Ésta es la voz de la naturaleza.....  
En donde en otro tiempo el yugo indigno  
De servidumbre se sufrió por fuerza,  
Hoy de la libertad republicana  
El estandarte tricolor se eleva.....  
El estruendo que formen al romperse  
Vuestros pesados grillos y cadenas,  
¡Cuánta consolación, cuánta esperanza  
Derramará en los pueblos que os contemplan!  
De libertad los triunfos no acompañan  
Ni suspiros, ni lágrimas, ni quejas.  
Las alegrías, si, de los tiranos,  
¡Cuántos clamores, cuántos llantos cuestan!  
Cuando de la opresión cae un coloso,  
Toda la especie humana se consuela:  
Los nobles gozos de los pueblos libres  
La razón preconiza y los celebra.....»

Este trozo de romancé endecasílabo no está exento, en verdad, de defectos bien obvios y palpables, pero tiene cierta nobleza y robustez, y es cierto que la pobre musa del fraile Henríquez nunca se elevó á mayor altura. Una sola excepción hay que hacer, y muy notable por cierto, puesto que es la única poesía suya que corre sin tropezones; pero en ella no pertenece á Henríquez el pensamiento, puesto que es mera traducción del himno nacional de los Estados Unidos, «*Hail great Republic of the world*», aunque aplicado á Buenos Aires:

«¡Salve, gloria del mundo, República naciente,  
Vuela á ser el imperio más grande de Occidente.  
Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Que tus hijos entonen, de vides á la sombra,  
Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:  
¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!

Que canten tus hijuelos con balbucientes labios,  
Y enseñen á los pueblos en la vejez tus labios:  
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!

Tus ángeles custodios te cubran con sus alas,  
Y unidas las naciones en fe y amistad pura,  
Salúdente con lágrimas, lágrimas de ternura:  
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!»

Compuso, además, Camilo Henríquez bastantes letrillas satíricas, sin chiste ni espontaneidad alguna, pero dirigidas al mismo fin político que el resto de sus obras; y, por último, abordó, con éxito todavía más infeliz, el teatro, que él no rechazaba en absoluto como Rousseau, sino que aspiraba á convertir en instrumento de propaganda cívica. «Yo considero el teatro únicamente como una escuela pública (decía)..... *La musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política.....* Entre las producciones dramáticas, la tragedia es la más propia de un pueblo libre, y la más útil en las circunstancias actuales..... *para inspirar odio á la tiranía y desplegar toda la dignidad republicana.»*

En consonancia con esta absurda poética compuso tres dramas, tan atestados de declamaciones como pobres de acción y de interés, *Camila ó la patriota de Sud-América*, *La Inocencia en el asilo de las virtudes*, y *Lautaro*. Ninguna de ellas se representó, y las dos últimas ni siquiera llegaron á imprimirse. El público americano no se había acercado bastante al *estado de la naturaleza* que para él deseaba Henríquez, y prefería á sus soporíferos sermones democráticos aquellos otros espectáculos que Henríquez llamaba «fútiles, enervantes, afeminados», tales como *El Sí de las niñas*, que á

los ojos del ex fraile era «una inmoralidad y una bufonada, tolerable sólo en pueblos estúpidos y bribones».

El otro poeta patriótico de aquella época, casi tan malo como Fr. Camilo, no había nacido en Chile, sino en comarcas que hoy son argentinas, en la ciudad de Santa Fe de la Veracruz, á orillas del Paraná; pero es imposible omitirle aquí, porque fué autor del himno nacional chileno, que todavía sigue cantándose, aunque creo que con algunas modificaciones, que dudo que literariamente le hayan mejorado mucho. Lo más discreto, en nacionalidades ya adultas y formales, como Chile y otras de América, sería renunciar á todos esos himnos que en el concepto poético nada valen y que producen el grave daño de renovar anualmente odios que son para olvidados. Ninguna de las grandes naciones de Europa tiene himno, ni necesita conmemorar el aniversario de su fundación ni de su independencia quemando fuegos artificiales y cantando disparates mal acentuados. Ni pueden decir los americanos que en esta parte les hayamos dado mal ejemplo, porque en España no se conmemora más que una fiesta patriótica, y esa no es un triunfo, sino un martirio.

El autor de la canción nacional chilena fué un profesor de Jurisprudencia, D. Bernardo de Vera y Pintado, discípulo de las Universidades de Córdoba de Tucumán y de Santiago de Chile. De carácter más ameno y regocijado que Camilo Henríquez, no tenía escrúpulo en componer versos festivos, amorosos y báquicos, distinguiéndose mucho en la improvisación y en los brindis, y viniendo á ser en pequeño el Arriaza de las tertulias de la colonia. Pero después del 18 de Septiembre de 1810, el Dr. Vera, convertido en revolucionario muy

activo, trocó las rosas de Erato por la oliva de Minerva, como se decía en el estilo mitológico de aquella era; comenzando por plantar en una de las ventanas de la casa del cabildo de Santiago un cartel con enormes chafarri-  
nones que contenían la primera oda patriótica que se vió en Chile. El procedimiento de exhibición no podía ser más primitivo, pero tampoco más seguro, para atraerse lectores. Colaboró después en *La Aurora de Chile*, y por su fama de repentista fué personaje obligado en todas las fiestas y banquetes patrióticos de entonces. Él y Fray Camilo, cubiertos siempre con el gorro frigio, se sentaban á la cabecera de la mesa y cantaban alternativamente como dos rapsodas, á cual más roncós y destemplados. En calidad de Auditor general de guerra del ejército de los Andes asistió Vera á la batalla de Chacabuco en 1817, y en 1819 recibió el encargo de escribir la *canción patriótica* que habían de cantar los coros en el aniversario del 18 de Septiembre. Para satisfacer la curiosidad de los muchos españoles que seguramente no conocerán el himno nacional chileno, transcribiremos algunas estrofas, pésimas, sin duda, como poesía, pero que tienen, como todas las de su clase, el valor de un documento histórico:

«Dulce patria, recibe los votos  
Con que Chile en tus aras juró,  
Que ó la tumba será de los libres,  
O el asilo contra la opresión.  
Ciudadanos, el amor sagrado  
De la patria os convoca á la lid.  
Libertad es el eco de alarma;  
La divisa triunfar ó morir.  
El cadalso ó la antigua cadena  
Os presenta el soberbio español....  
Arrancad el puñal al tirano;  
Quebrantad ese cuello feroz ....

Habituarnos quisieron tres siglos  
Del esclavo á la suerte infeliz,  
Que al sonar de sus propias cadenas,  
Más aprende á cantar que á gemir.  
Pero el fuerte clamor de la patria  
Ese ruido espantoso acalló,  
Y las voces de la independencia  
Penetraron hasta el corazón.....

.....  
Los tiranos en rabia encendidos  
Y tocando de cerca su fin,  
Desplegaron la furia impotente,  
Que, aunque en vano, se halaga en destruir.  
Ciudadanos, mirad en el campo  
El cadáver del vil invasor.....

¡Que perezca ese cruel, que el sepulcro  
Tan lejano á su cuna buscó!

Esos valles también ved, chilenos,  
Que el Eterno quiso bendecir,  
Y en que ríe la naturaleza  
Aunque ajada del déspota vil.  
Al amigo y al deudo más caro  
Sirvan hoy de sepulcro y de honor,  
Mas la sangre del héroe es fecunda,  
Y en cada hombre cuenta un vengador.

Del silencio profundo en que habitan  
Esos manes ilustres oid  
Que os reclaman venganza, chilenos,  
Y en venganza á la guerra acudid.  
De Lautaro, Colocolo y Rengo  
Reanimad el nativo valor,  
Y empeñad el coraje en las fieras  
Que la España á extinguirnos mandó.

Esos monstruos que *cargan* consigo  
El carácter infame y servil,  
¿Cómo pueden jamás compararse  
Con los héroes del cinco de Abril?  
Ellos sirven al mismo tirano  
Que su ley y su sangre burló;  
Por la patria nosotros peleamos,  
Nuestra vida, libertad y honor.....» (1).

(1) Tengo entendido que el moderno y apreciable poeta D. Eusebio Lillo

¡Y hay un gran pueblo que todavía en sus fiestas canta esto con el mismo entusiasmo que si cantara odas de Píndaro ó elegías de Tirteo!

El Dr. Vera, lo mismo que Camilo Henríquez, trabajó alguna vez para el teatro, en varias loas y otras composiciones de circunstancias, siempre con la mira de «imbuir espíritu de independencia y libertad» (1). Pasaba por volteriano y fué uno de los pocos que se pusieron de parte de Camilo Henríquez cuando, á consecuencia de haber llamado el ex fraile á Voltaire, Rousseau y Montesquieu «los apóstoles de la razón, que han lanzado al Averno la intolerancia y el fanatismo», saltó contra él á la palestra el dominico Fr. Tadeo Silva en el *Aviso del Filósofo Rancio*, en *Los Apóstoles del Diablo* y en *El Observador Eclesiástico*.

Con mejor gusto y más letras que Camilo Henríquez y el Dr. Vera cultivaban por entonces la poesía, á título de meros aficionados, dos personajes políticos de mucho viso é influencia: D. Ventura Blanco Encalada, de quien ya se ha dado razón al hablar de los poetas de Bolivia, á cuya región pertenece por su nacimiento; y el limeño D. Juan Egaña, á quien sus tareas de estadista y legislador, autor de Constituciones y Proyectos de ley, y hasta del Censo general de Chile, no impidieron desempeñar por muchos años la enseñanza elemental de

---

compuso en 1847 un nuevo *himno* que oficialmente sustituyó al antiguo, aunque no del todo. Ya he indicado antes lo que pienso de toda esta literatura de los *himnos*; pero á lo menos el del Sr. Lillo no tendrá faltas métricas como el de Vera.

(1) Anumátegui en *La alborada poética* transcribe una que sirvió de introducción á la tragedia de *Guillermo Tell* (¿de Lemierre?), representada en Santiago la noche del 12 de Febrero de 1820.

retórica y poética en el Instituto Nacional de Santiago, y ensayar no sólo la poesía lírica, sino la dramática. Suya es la más antigua obra escénica impresa en Chile: una traducción libre y modificada de la *Cenobia*, de Metastasio, con este título: *Al amor vence el deber. Melodrama para cantar ó representar: en obsequio de la ilustre Marfisa*. Del mismo Metastasio tradujo la famosa canción *Nise ó la perfecta indiferencia* («*Grazie a gli inganni tuoi*»), que ya antes, y con bien poca fortuna, había puesto en castellano Meléndez. Quedan los títulos de otras piezas teatrales de Egaña: dos comedias: *La porfía contra el desdén* y *El amor no halla imposibles*, y tres sainetes: *Polifronte ó el valor ostensible*, *El marido y su sombra* y *Amor y gravedad* (1).

Tan desmedrada vivió la poesía en Chile durante el periodo revolucionario. Mientras en otras partes cantaban un Olmedo, un Bello, un Heredia, en Chile no hubo ni siquiera un versificador comparable á Fernández Madrid ó á Sánchez de Tagle. Los chilenos lo confiesan sin ambages, y por lo mismo que luego han adelantado tanto y que en ciertos puntos van á la cabeza de la cultura americana, no tienen reparo en añadir que esta pobreza se extendía á todas las manifestaciones del espíritu, y que Chile era positivamente la más atrasada de todas las nacientes repúblicas hispano-americanas. La Universidad de San Felipe no era más que una sombra, y el *Instituto Nacional*, organizado en 1813 y restablecido en 1819, no pasaba de ser una escuela normal con mezcla de seminario. La clase llamada de *elocuencia é*

---

(1) Vid. *Los primeros años del Instituto Nacional* (1813-1835), por Domingo Amunátegui Solar (Santiago de Chile, 1889.)

*historia literaria general*, se reducía á aprender de memoria el compendio de las *Lecciones* de Blair formado por D. José Luis Munárriz. Como temas de oratoria solían darse á los alumnos el elogio del *general* (sic) araucano Lautaro y otros análogos. Hacíanse, sin embargo, loables aunque lentos esfuerzos para reponer otros estudios y darles sólida base. Durante el rectorado del ingeniero francés Carlos Lozier se reformó la enseñanza de las matemáticas y de la física. Más adelante, D. José Miguel Varas y D. Ventura Marín, dieron más amplitud á los estudios filosóficos, primero sobre la base de la ideología de Destutt-Tracy y luego sobre el sensualismo mitigado de Laromiguière, de donde el segundo de ellos pasó luego á la filosofía escocesa, recibiendo además la influencia kantiana, aunque indirectamente y por medio de Cousin.

Pero el progreso literario continuaba muy rezagado respecto del científico, y así permaneció hasta que tres hechos capitales vinieron á despertar la actividad dormida. Estos tres hechos fueron la estancia de D. José Joaquín de Mora desde 1828 á 1831; el establecimiento en Chile y el largo magisterio de D. Andrés Bello, desde 1829; y la emigración de algunos escritores argentinos, fugitivos de la tiranía de Rosas, en 1841.

El gaditano Mora, de cuyas posteriores andanzas en el Perú y en Bolivia tenemos ya alguna noticia, llegaba á Chile de Buenos Aires, á donde le había atraído en 1826 el gran gobernante Rivadavia para que redactase el periódico oficial. Envuelto en la caída de aquel Presidente, de cuya política había sido acérrimo defensor, recibió honrosa invitación del Gobierno de Chile para pasar á aquella República y «emplearse en objetos de

utilidad pública». Aceptó la invitación y el puesto de Oficial mayor de la Secretaría de Estado, y llegó á Santiago precedido de la fama literaria que le habían granjeado en toda la América española los numerosos libros y periódicos que para ella había publicado en Londres. En Chile la prodigiosa actividad de Mora tuvo las más diversas manifestaciones. Afiliado en el partido radical, del cual llegó á ser ídolo, redactó la Constitución de 1828 y varias leyes, entre ellas la de Imprenta, convirtiéndose (como se ha dicho con gracia) en el Solón de aquella naciente República. Bajo los auspicios del presidente Pinto, y con amplios auxilios oficiales, abrió un grande establecimiento de educación, el *Liceo de Chile*, y compaginó para él una serie de libros elementales de Gramática latina, Derecho natural y de gentes, Derecho romano, Geografía Descriptiva y otras materias de las más variadas y heterogéneas. El plan de estudios de aquel colegio, que en la parte científica dirigía otro español, D. Andrés Antonio de Gorbea, comprendía las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial é integral; la física, la química y la astronomía. La enseñanza de las humanidades aparecía perfectamente graduada en cinco años, dándose especial importancia á la lectura y análisis de los clásicos latinos y castellanos, y alternando este estudio con nociones de historia, literatura española, ideología y economía política, que se explicaba por el Tratado de James Mill. Quizá Mora, que era el alma del colegio, no tenía más que superficiales conocimientos de muchas de estas materias; pero así y todo, su nivel científico era tan superior al del país en que había ido á establecer su cátedra, y era tan nueva y amena su forma de exposición y

enseñanza, que debió de ser, y fué en efecto, recibido como un prodigio. Al mismo tiempo fundaba *El Mercurio Chileno*, la primera revista digna de tal nombre que apareció en aquella República; escribía de política en *El Constituyente*; daba al teatro, huérfano entonces de autores y de actores, dos comedias, *El Marido ambicioso* (imitación de Picard) y *El Embrollón*, y publicaba innumerables versos, muchos de los cuales no fueron recogidos en ninguna de sus dos colecciones poéticas, no porque en mérito cedan á las restantes, sino por motivos de índole política y personal. Mora era entonces muy revolucionario y muy mal español, hasta el punto de haber aceptado carta de ciudadanía en Chile; y cuando el tiempo vino á modificar sus ideas, puso grande empeño en hacer olvidar ó ignorar en España esta parte de su vida, tan brillante bajo el aspecto literario como desastrosa bajo el político.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que Mora, excelente poeta en la narración joco-seria, en la sátira y en la fábula, no pasa de ser un versificador primoroso, aunque frío y amanerado, en el género lírico, propiamente dicho. Pero son tales sus recursos técnicos, que llega á simular la inspiración que le falta; y de todas suertes, sus versos, sonoros y nutridos aventajaban de tal modo á todos los que se habían oído en Chile desde el remotísimo tiempo de Pedro de Oña, que no nos maravilla el entusiasmo con que fué recibido, por ejemplo, el *Canto fúnebre* en honor de los hermanos Carreras, ó la epístola á Martínez de la Rosa, donde se leen estancias de tan noble y sostenido tono como la siguiente:

Ya es tiempo de que imprima  
 Tu genio al arte hispano impulso noble  
 De más alta ambición. Cual alza el roble  
 Frondosos brazos, sólidos, robustos,  
 Sobre humildes arbustos,  
 Tal erguido descuellas  
 Entre los vates de tu edad. Dirige  
 Tu vuelo raudo á las mansiones bellas,  
 Do la meditación callada rige  
 Los pasos del altivo pensamiento,  
 Y presta le conduce  
 De portento en portento;  
 Do immaculado el claro nombre luce  
 Del cantor de Ilión, y el grande Urbino  
 Tomó el pincel divino;  
 Donde á Bacón se descubrió el arcano  
 Del espíritu humano,  
 Y al Dante adusto la región umbrosa.  
 ¿Qué aguardas? Afanosa  
 La humanidad, cual si escondido numen  
 Con celeste vigor la enfureciera,  
 Avanza y precipita su carrera.  
 En sed de grandes cosas se consumen  
 Los pueblos agitados,  
 Los climas apartados,  
 Las soledades mudas,  
 Donde imperaba el Austro, do vivían  
 Tribus dispersas, rudas;  
 Los incógnitos llanos que aturdían  
 Del Óhio las corrientes turbulentas  
 Se cubren de ciudades opulentas:  
 Ya no hay barreras para el hombre. El Noto  
 Desencadena en vano sus rugidos,  
 Y en vano entumecidos  
 Se abren los senos de Anfitrite airada:  
 Tranquila en tanto al Hindostán remoto  
 Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,  
 Por la anchura irritada,  
 Vapor activo y leve  
 Que ponderosa construcción oprime.  
 Canta en eco sublime  
 Tanto prodigio, y la grandiosa escena  
 Que abre la industria á la ventura humana,

Distribuyendo en la región lejana,  
Antes de errores y miseria llena,  
Con el fruto sutil de sus telares  
De las ciencias los puros luminare.....

Mora, que después fué tan enemigo de los versos sueltos, y con tan fútiles razones intentó desacreditarlos, los hacía entonces con facilidad suma. Así lo prueba, aunque no honre mucho sus sentimientos patrióticos, la alocución que compuso para que fuese recitada en el teatro en el aniversario del 18 de *Septiembre*.

Cetro rompimos que á la vez pesara  
Sobre la fértil vega donde gira  
Pomposo el Eridano, y en los montes  
De Anahuac opulento, en el alcázar  
Del potente califa, y en la margen  
Del agitado Magdalena; cetro  
Que envolvió en sus tinieblas espantosas  
El maléfico error; cetro manchado  
En sangre de oprimidos, y cubierto  
Con maldición y lloros. Lo rompimos,  
Y en su lugar lozana, victoriosa,  
Se alza la libertad, cual castigada  
De Tarquino la audacia se alzó en Roma  
Con austeras virtudes, y ceñida  
De inflexible vigor; cual en Atenas,  
Grata al comercio y al saber, y ansiosa  
De gloria y de esplendor; cual en la orilla  
Del Delawar, modesta, infatigable,  
Dócil al eco del precepto justo,  
Del genio y de las artes protectora.

.....  
¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!  
Reinad inmovibles; á raudales  
Verted dicha, reposo y opulencia  
Sobre el pueblo sumido. ¡Que á la sombra  
De vuestra égida, rompa el duro arado  
Nuevas llanuras, y su faz adornen  
Opimos frutos y dichosas gentes!  
Cubra el mar de Occidente, flameante

La tricolor bandera, y con los frutos  
Del suelo patrio, á la región opuesta,  
Que Chile es grande y poderosa anuncie.  
La ciencia triunfe del error, y ensanche  
La existencia mental, y purifique  
Nuestra mansión espléndida, y transforme  
Su voz potente en plácidos canales  
La vertiente espumosa, los desiertos  
En vastos focos de labor activa,  
Y el patrio hogar en templo de virtudes.....

La posición de Mora en Chile podía ser para algunos envidiable, pero estaba cercada de peligros que él, con la viveza é impetuosidad propias de su carácter y con la soltura de lengua de que entonces adolecía, pareció como que se complaciese en acumular sobre su cabeza. La experiencia de lo que le había pasado en Buenos Aires no había sido suficiente escarmiento para que dejase de tomar parte muy activa en las luchas de un país al cual sólo por adopción pertenecía, y en el cual realmente todo el mundo le consideraba como extranjero. Servía de instrumento á los liberales, pero al mismo compás que crecía la admiración de éstos, iba cosechando odios inextinguibles en el bando opuesto de los conservadores, á quienes en Chile llamaban por aquellos años *pelucos*. Este partido, al cual pertenecía el nuevo director del Instituto Nacional, el presbítero D. Juan Francisco Meneses, antiguo y fervoroso realista, y adicto en todo á las tradiciones de la colonia aun después de haber pasado al servicio de la joven República, declaró la guerra al *Liceo* de Mora y á su enseñanza; apoyando en contra de él, primero á ciertos profesores franceses que trajo D. Pedro Chapuis, por el sistema de *contrata* de sabios extranjeros, adoptado á la sazón en Chile, y que no sé si enteramente ha desaparecido á pesar de los